

Quetzalcóatl y Coatlicue

Introducción

La serpiente en la mitología

El hombre incivilizado suele sentirse en inferioridad ante muchos animales, que aparecen como más fuertes, más sutiles, y a veces incluso más inteligentes que él. Este es el origen del culto que algunos pueblos primitivos han tributado a ciertos animales entre los que la serpiente ocupa un lugar verdaderamente excepcional. A causa de sus movimientos de reptación, su habilidad para desaparecer repentinamente, el brillo y la fuerza fascinante de sus ojos y especialmente a consecuencia de su fatal mordedura, la serpiente ha sido un tema de una gran cantidad de leyendas en las que el temor ancestral llevaba a deificarlas para aplacar su furia, o a considerarlas el origen de todos los males, la encarnación del demonio.

En Egipto, la cobra o uraeus figuraba como símbolo del fuego o del disco solar, ya que el dios del Sol se representa en forma de serpiente o doble áspid a veces alado. Los dibujos de serpientes en las tumbas del Valle de los Reyes son abundantes, llamando la atención la extraordinaria fantasía de sus representaciones. Algunos historiadores creen en la migración del culto a la serpiente que se propagaría por conducto de los fenicios a la India, Extremo Oriente, islas del Pacífico, y probablemente a América. La adoración de la serpiente tiene dos modalidades muy marcadas, según se adore al animal como tal, o como incorporación de un dios o de un espíritu, que aparece como ofidio, que es probablemente la forma antropomórfica de las serpientes primitivas, o bien a veces la serpiente aparece como servidor de Dios, atribuyéndosele la custodia de un templo o lugar sagrado. Esto era frecuente en los santuarios dedicados a Asclepios, Esculapio, dios de la medicina, cuidándose de su alimentación sacerdotisas vírgenes; estas serpientes auguraban salud y felicidad. En estos templos el animal, que era la representación del dios, sugería la fórmula curativa en sueños al enfermo o bien hacía fecundas a las mujeres que iban a dormir al templo. En la mitología centroamericana, especialmente la mejicana, incluso la preincaica, la serpiente ocupa un lugar preeminente y preponderante. En el templo de Quetzalcóatl los relieves de cabezas de serpientes son de una belleza inusitada, al propio tiempo que se realizaban para inspirar temor. La imagen de Coatlicue, nombre que significa serpiente, tiene cabeza de ofidio, y se considera la madre de la tierra. La idea de relacionar la serpiente con la fertilidad es también una de las razones de su culto. Son famosas las columnas de algunos templos mejicanos en las cuales la base es la cabeza de la serpiente y el fuste es la cola erguida. El reino de Kmehr, que alcanzó su máximo esplendor en los siglos IX al XIII en

Camboya, y cuya máxima representación son los famosísimos templos de Angkor, tiene en su mitología la gran serpiente naga, con cinco, siete o nueve cabezas, cuya hija, al casarse con un príncipe hindú dio lugar a la creación del reino Kmeht. La serpiente es disputada por los genios del bien y del mal en las esculturas de la entrada a la ciudad de Angkor-Thom. En todo Oriente se ven con frecuencia esculturas de Buda en meditación con la naga protegiendo su cabeza. Así llega también a las representaciones cristianas. Es conocido el episodio bíblico de la serpiente de bronce, en el que Moisés recibe de Dios la orden de fabricar un ofidio de este metal, como las que picaban a los israelitas en su marcha por el desierto y colocarla a la vista de todos; los que habiendo sido mordidos mirasen allá no morían. El cristianismo hizo de este símbolo la imagen de Jesucristo clavado en la cruz, de modo que El mismo lo dice en una de sus parábolas. La idea de la serpiente como «origen de todos los males», el pecado original, llega hasta nuestros días a través del episodio en el que es ella quien induce a nuestra primera madre, Eva, al pecado. Más tarde la Redención vendrá en la nueva Madre, la Virgen María, que «aplastará la cabeza de la serpiente» y con ella el mal. La medicina y la farmacia hacen también su símbolo de la serpiente de bronce, y por su parte el comercio, representado por su dios Mercurio, plasma en el caduceo con dos serpientes, la astucia y sinuosidad propias de la profesión. Sus atributos son:

- La riqueza de colores indica el amor a lo aparente y terrenal no duradero.
- Amor a los sentidos.
- Su visión es mejor por la noche (nocturno, tinieblas).
- El veneno indica la muerte.
- Su arrastre por la tierra: indica su adhesión a lo terrestre, ruín, bajo y material.

I. El Mito

Concepto del mito

Si la mitología puede abordarse como estudio de contemplación, en el sentir actual no se reduce en modo alguno a una actitud estética, ni menos a una distracción. Al contemplar se produce un aprendizaje inconsciente; de la misma manera que el arte nos eleva y que los cuentos infantiles de origen folklórico, y por consiguiente, mítico, nos aleccionan, sin necesidad de que se formulen expresas moralejas, así la mitología en su vastedad general, o en sus aspectos particulares y monográficos, ofrece ante la mirada del espíritu unos panoramas que transforman parcialmente nuestros conocimientos del mundo y nuestra visión del ser humano. Y ello sucede así por razones psicológicas, a cuyo alcance sólo se ha podido llegar por el trabajo de búsqueda de los investigadores. *Erich Fromm*, *Kereny* y otros autores han señalado como factor fundamental en el hecho mitológico, que pertenece a la vez a la estructura lógica del pensamiento y a la estructura mágica. Como el lenguaje de los símbolos, el de los mitos habla directamente al inconsciente, pues de él surgió en unos períodos determinados, de la existencia humana. Sus imágenes poseen un atractivo perenne por esta causa, por su vida interior,

que emana siempre. Esto explica también el factor de ambivalencia, que tempranamente señalara Leuba en todo lo mitológico; como a la vez, los mitos parecen relatos descriptivos y asociaciones dramáticas de formas, suerte de metáforas desarrolladas, y como ofrecen aspectos de la más alta racionalidad junto a otros incomprensibles por su extraño despropósito. Sin embargo, estos dos elementos están íntimamente unidos y la esencia de la mitología radica justamente en esa conexión que asegura el dinamismo del pensamiento mítico y su necesidad de resolverse y también de ser interpretado. La lectura de la mitología posee un doble carácter de conocimiento y de ilusión de historia y de negación total de este carácter realista de lo acontecido. *Jung*, con su teoría de los arquetipos y *Mircea Eliade*, al referirse a los modelos perennes de un tiempo y un lugar que están situados más allá del transcurso temporal y de la geografía, han contribuido decisivamente a explicar, en la medida de lo posible, los mecanismos principales del pensamiento mítico, el cual rechaza lo concreto y la repetición y tiende a refugiarse en un dominio en el cual sólo tiene valor la idea práctica, que es como el modelo por el que se rige la realidad cuando adquiere forma de desenvolvimiento histórico y de acontecimientos. La mitología se halla en una región intermedia entre las ciencias de investigación histórica e iconográfica, y las de estudio, de la «historia humana».

La mitología se puede explicar como el intento de los pueblos para entender el mundo físico y psíquico, con sus combinaciones de impulsos primarios, tendencias superiores de sublimación y formas de expresión coherentes o contradictorias. La variedad de explicaciones que puede admitir un mito se halla limitada dentro de una sola línea de pensamiento-acción. Es decir, los símbolos y los mitos no poseen un solo significado, antes bien, son multivalentes, pero esta variedad nunca es caótica y aparece ordenada en una dirección determinada por la intención de su impulso radical. Esta ley explica que los antiguos tan pronto viesan en un mito una alegoría de hechos naturales como una lección moral. En realidad, en cuanto ambas mantenían cierta correspondencia y analogía entre sí, sería un grave error pretender reducir la mitología a lo simbólico y pretender encontrar en ellos los símbolos, la pauta, para la interpretación de todos los contenidos de la mitología. El factor irracional, aún cuando no arbitrario, es difícil de reducir a una explicación conveniente. Lo mitológico, de otro lado, rebaja lo simbólico, porque constituyó en un tiempo, a veces por largos siglos, la religión de un pueblo y, aunque no haya identidad perfecta entre mitología y religión o pseudo-religión, hay las conexiones suficientes para hacer que el «sueño colectivo de un pueblo» posea una amplitud de registros y una complejidad interna, que no puede resolverse por tablas de analogías, aunque éstas facilitan ayuda. Otra dificultad estriba en que la mayor parte de las mitologías no se formaron en un solo período de tiempo, ni poseen, por consiguiente, una entera unidad de sentido cultural o psicológico. En las mitologías hay estratos que corresponden a las épocas en que se han ido elaborando distintos mitos, casi siempre en relación con acontecimientos de la vida de los pueblos, o respondiendo a necesidades experimentadas por su intuición. Cada conjunto mítico surge precisamente cuando la marcha ascensional de un pueblo se encuentra a un nivel de cierta elevación que le obliga a dar una explicación de los fenómenos naturales y espirituales, de la trabazón dramática de los mismos, de la inevitabilidad del destino y del origen y final de las cosas. Es el caso del rey Quetzalcóatl, luego convertido en mito, mito de la realeza y